

Vana



El contra-mismo

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III

El poeta irlandés W. B. Yeats, en un ensayo de su último libro, «Per Amica Silentia Lunae», sostiene que el artista no se expresa a sí mismo, sino a su anti-yo o anti-mismo (mejor, contra-mismo)—*anti-self*—en su arte; que su arte es el elogio de una virtud o belleza de que se encuentra excluido en su vida diaria. Yeats está convencido de que el Dante «celebró a la más hermosa dama que jamás cantó poeta alguno, y a la divina Justicia... a causa de que tuvo que luchar en su corazón con su injusta cólera y con su concupiscencia (*lust*)». Y cita otros ejemplos de poetas, William Morris y Landor, que cantaron lo que más les faltaba.

Esta teoría, que no deja de tener algún parentesco con aquella otra de los sueños de Freud, nos parece bastante acertada para los más de los casos. El lírico más cínicamente lírico, de menos pudoroso o más impudente lirismo—tal, v. gr., Walt Whitman, el bardo con el alma en cueros—, no se canta al que es, sino al que quiere ser. Y el que uno quiera ser no es el que es, como no se trate de un mentecato o de un loco. Y el poeta jamás es loco. Más aún: el poeta es el anti-loco, el cuerdo por excelencia.

Así cuando Walt Whitman, en el poema que lleva su propio nombre, empieza diciendo que se celebra a sí mismo y que lo que él asume debemos asumir todos, pero que cada átomo que le pertenece nos pertenece tanto a nosotros,

I celebrate myself;
and what I assume you shall assume;
for every atom belonging to me, as good
[belongs to you,

y luego nos convoca con su alma, es claro que no cantaba al Walt Whitman, que a su pesar era, sino al que quería ser, al modelo que en sí mismo se forjaba, a su yo ideal. Y de hecho nadie, poeta o no, se salvará por el que es, sino por el que quiere ser. La maldición o la bendición de cada uno es el que quiere ser. Y acaso la más pura justicia divina consistiría en hacerle a cada uno que sea por toda la eternidad, después de su muerte, aquel que quiso ser, aquello a que aspiró como a suprema meta. ¡Cuántos condenados entonces! ¡Y qué infierno la tal eternidad! Confiamos, sin embargo, en la misericordia de Dios.

Que el poeta lírico cante lo que no es y quiere ser, su anti-mismo o contra-mismo, nos parece muy natural. Cada uno busca su complemento. Un hombre que lo sea de verdad, con ansias de eternidad y de infinitud, vive en perpetua y encarnizada lucha contra sí mismo. Y cuando veais que alguien combate ruda e implacablemente a un tipo humano cualquiera, creed que lo lleva dentro de sí y que está bregando desesperadamente por arrancárselo de sus propias entrañas.

Tiene cada uno de nosotros sobre todo un terrible enemigo, y es el tipo de la profesión que nos tocó en la vida, y de la que tenemos que vivir. Y no forméis buena idea del hombre satisfecho de su profesión.

Penetrados en esta convicción, ya antigua y cada vez más arraigada en nosotros,

leíamos hace poco en el segundo volumen de la obra «La Nación contra la Raza», de nuestro amigo André Suarès, lo que de Renan dice cuando llegamos a un pasaje en que dice así: «Y aquellas constantes gracias de profesor demasiado fieles, ¡ay!: en la oración sobre Acrópolis no acaban nunca con Minerva. Profesor de griego, que es lo peor: ¡Ah, por el amor del griego! La oración sobre la Acrópolis está en el gran estilo, y puede ser hasta a Chateaubriand lo que la Ifigenia de Goethe es a Sófocles: un tema escolar de Oxford, un ejercicio de doctor. No; por mucho que haga Oecolampadio, no es nunca más que Hans Hausschein, de Weinsberg.» Debemos aquí advertir a los lectores que Oecolampadio no es sino la traducción al griego del nombre suyo, alemán, del reformador Hausschein, como sucede con Melanchthon y otros nombres así de aquel tiempo.

«*Professeur de grec, qui pis est!* (¡Profesor de griego, que es lo peor!)» Así nos dijimos. Porque quien ahora se hace aquí estas reflexiones, y que tan artificiosa e hipócritamente evita hablar de sí mismo en primera persona del singular, en yo, es también, ¡ay!, como algún tiempo lo fué Renan, profesor de griego. Y como lo fué Nietzsche, profesor de griego en Basilea. Lo que se cuida muy bien de recordarnos Andrés Suarès, que las trama con el pobre Anti-Cristo loco e inventor del Zaratustra, que no era él. Pues Zaratustra es el contra-mismo, el *anti-self* del desdichado Nietzsche, hombre débil y nada de pre-



contra - mismo



sa. El infeliz, enfermo de cuerpo y de espíritu toda su vida, soñó lo que no era, lo que no podía ser.

Pero... ¡profesor de griego, que es lo peor! El que esto escribe—sigamos con el estilo hipócritamente terciopersonal—lleva años cumpliendo lo más escrupulosamente posible con los deberes de su cargo—y aunque esa escrupulosidad le valga algún que otro empujón de los beocios—, pero los lleva también luchando contra el pliegue profesional. Y esto le hace esforzarse por ser en su vida civil ordinaria, extraacadémica y, sobre todo, en su labor de publicista, lo más anti-profesor y lo más anti-helénico que pueda. La literatura griega es una cosa excelente, provechosa y altamente educadora, pero es cuando no hay que vivir de ella. Lo mismo le pasa a la política, que es una actividad profundamente helénica. Pero no la política de oficio, no la carrera política, por supuesto, que está lejos de ser helénica, es más bien cabiliaña, y aun algo peor, algo que debió de haberse engendrado en algún presidio.

El país que más profesores de griego da, y más profesoraes es, sin duda, Alemania, y hay que ver lo que es el profesoralismo helenizante en esa patria de la pedantería profesional, y dónde el funcionario ahoga, deforma y deshumaniza al hombre. Hay que ver, por ejemplo, a un U. von Wilauowitz-Moellendorff, ponemos por caso de pedantesco helenista tudesco—y lo es eminente como helenista y como tudesco—, y sus grotescas pretensiones de haberse asimilado el meollo de la sustancia estética

helénica. Cuando quiere elevarse parece un oso, un oso muy sabio, sapientísimo, pero oso al fin y al cabo, bailando una danza griega al son de un himno de Baccullides. ¡Qué cabriolas! Porque no hay nada más divertido que un tudesco haciendo de ateniense. Y les gusta ponerse a ello. ¡Claro! ¡Es su contramismo! Parécenos muy acertada la observación del mismo André Suarès de que Goethe tenía poco o nada de griego, y que de lo que tenía era de romano. Y en cuanto a Nietzsche... ¡Ay, pobre juicio de los antiguos sofistas!

Pero ellos buscan lo que les falta, y desprenderse del que llevan dentro. Lo que no está mal, sino muy bien.

Decimos, pues—y siga la farsa casi episcopal del nos—, que, la más ruda pelea de un hombre es consigo mismo y luego con la profesión que le ha sido impuesta. Porque todas las profesiones

nos han sido impuestas, aun aquellas que creemos haber más libremente abrazado y ejercerlas más libremente. Toda profesión es una esclavitud. Y el que no busque al hombre bajo el profesional y lo rescate de éste, se encuentra perdido...

Y ahora, al oído, una confesión dolorosa. De todas las heridas que ha sufrido mi pobre amor propio—y a las veces le tengo en carne viva—, ninguna mayor que aquella que sufrió cuando al recibirme, por primera y única vez, una altísima persona me preguntó si la *Iliada* está escrita en hexámetros. Es natural: allá en tierras tudescas nadie es más que funcionario, y jamás se admite al hombre, sino al profesor, a ciertos supuestos honores. Y como los osos carecen de orgullo...

MIGUEL DE UNAMUNO

